

## CAPÍTULO UNO

### El nacimiento de Anah

El señor Tivoli se encontraba en el interior de la granja cuando James, su pequeño vecino de diez años, irrumpió en el granero:

—¡Señor Tivoli! ¡Señor Tivoli! —gritaba exhausto mirando a uno y otro lado.

Cuando por fin logró localizarlo dentro del granero, jadeó casi sin poder respirar:

—¡Corra, señor Tivoli, ya casi está, su mujer está dando a luz, corra!

El hombre de pelo castaño y aspecto juvenil pegó un salto y, sin decir una sola palabra, comenzó a correr bajo la lluvia seguido por el muchacho. Mientras su largo pelo mojado chocaba contra su cara, John Tivoli esbozaba una sonrisa en su cara mientras repasaba los más de diez años que llevaba esperando este momento, desde el día que se casó con Clara. Lo recordaba como si no hubiera pasado el tiempo, había sido, hasta el momento, el día más feliz de su vida. Ambos eran muy jóvenes, apenas llegaban a los veinte años, pero el gran amor que sentían el uno por el otro no les dejaba ver más allá. Nada más casarse, John compró una granja situada al norte de Lacerdin con la ayuda de sus padres. Y allí, en unos terrenos colindantes al bosque de Penan, vivía el matrimonio desde entonces.

Él se dedicaba a cuidar de los animales de la granja y su esposa realizaba las labores de la casa y le ayudaba cuando buena mente podía. La verdad es que no podían quejarse, tenían la granja más grande del condado, algo de dinero ahorrado y John había devuelto el dinero prestado a sus progenitores. Esta situación

provocó que la pareja, una vez asentada, ardiera en deseos de tener hijos.

En la celebración del vigésimo quinto cumpleaños de John, Clara empezó a notar los primeros síntomas del embarazo y decidió consultar a su vecina, la señora Belany, madre de James. Ella, que solía actuar como comadrona, fue quien le confirmó que se encontraba en estado. Al día siguiente, el matrimonio organizó un almuerzo para celebrar la esperada noticia.

Durante los meses siguientes la joven pareja se preparó para la llegada del que esperaban fuese el momento más feliz de sus vidas. Lo que no se imaginaban era que el nacimiento de su primer hijo, que estaba seguro que sería un niño, porque no podía ser de otra manera, no solo cambiaría sus vidas, sino la de todos los habitantes de Lacerdin.

El condado se trataba, sin duda, de uno de los lugares más tranquilos para residir y formar una familia. Todos se conocían y se respetaban, creando así un clima perfecto para la convivencia.

Pero durante los últimos años una maldición había tenido muy preocupados a los habitantes de la aldea. Nadie se atrevía a hablar de lo que estaba ocurriendo ni buscaba una explicación y esta incertidumbre les provocaba cierto nerviosismo, aunque esto cambiaría cuando una fría tarde de invierno ocurrió lo que no esperaban.

John corría ágilmente por la pradera, esquivando los grandes charcos de agua y respirando fuertemente debido a la emoción que invadía todo su cuerpo. El momento había llegado, ahora solo cabía esperar que todo saliese como estaba previsto. Abrió la puerta bruscamente y sus ojos divagaron por el interior de la casa. Allí no había nadie. Dio media vuelta y preguntó a James, quien debido a los nervios había olvidado decirle que Clara se encontraba en su casa junto a su madre.

La casa de los Belany era la más cercana a la granja, por lo que no tardó mucho en llegar hasta el lugar. Una vez allí, cogió aire, abrió la puerta y subió las escaleras a toda prisa con intención de dirigirse a la sala donde Marley Belany ejercía de comadrona.

Dentro de la habitación podía sentirse la humedad provocaba por los paños con agua caliente que la señora Belany había preparado, y en una de las esquinas permanecía encendida la chimenea, lo que reconfortó a John, quien estaba mojado de pies a cabeza.

—¿Cómo está? —preguntó casi jadeando.

—Por el momento todo va bien, pero voy a necesitar ayuda. Deje la ropa mojada junto al fuego y vaya al cuarto de mi marido a cambiarse —dijo Marley.

Mientras Clara agarraba con fuerza las manos de su vecina, el señor Tivoli agarró una camisa, unos pantalones viejos y se cambió de forma fugaz.

—James, trae más paños y ve mojándolos poco a poco con agua caliente —le ordenó a su hijo—. Y usted, señor Tivoli, agarre fuertemente las manos de su esposa e intente tranquilizarla —le dijo al futuro padre.

John besó la frente de Clara, estaba nervioso puesto que era padre primerizo, pero no quería que esto resultara un inconveniente y debía mantener la calma.

Alrededor de la medianoche, el bebé comenzó a asomar la cabeza, y poco después ya estaba fuera. James acercaba los paños a su madre para que ésta limpiara al pequeño, mientras el señor Tivoli sonreía y se sentía aliviado porque todo había salido bien.

Pero su descanso se vio truncado por la suave e infantil voz de James, quien mirando al recién nacido exclamó sorprendido:

—¡Mirad, es una niña!

—No es posible... —comentó Marley Belany casi sin palabras.

Nadie había reparado en esa posibilidad, pero así era. El bebé que acababa de nacer era una niña. La primera niña que nacía en Lacendir en muchos años. Ninguno de los presentes podían creer lo que estaban viendo ya que no esperaban que sucediera algo así, de hecho, James nunca antes había visto el nacimiento de una niña, así que estaba incluso más asombrado que el resto.

—Vaya, no esperaba que fuese una niña —comentó la señora Tivoli.

—Ni tú ni nadie, querida Clara, ni tú ni nadie... —le contestó su marido.

—Es el primer nacimiento de una niña después de muchos años, ya era hora de que ocurriera algo así. Espero que las cosas empiecen a cambiar a partir de ahora.

—Sí, y por ello debemos de sentirnos aún más afortunados —dijo John.

—¿Puedo ir a darle la noticia al resto de los habitantes de Lacerdin? —preguntó James con intención de adquirir cierto protagonismo.

—No seas impaciente, eso es asunto del señor y la señora Tivoli. Ellos son quienes han de decidir cuándo darán a conocer tan maravillosa noticia —le contestó su madre.

—No te preocupes, déjale que vaya a contárselo a los demás, estoy seguro de que se alegrarán por lo sucedido. Además, así no tendremos que relatar lo ocurrido una y otra vez —comentó John restándole importancia.

Y es que este hecho no debería haber sido motivo de exaltación en otro condado, pero en Lacerdin era toda una noticia ya que en los últimos años no había nacido ni una sola niña. Incluso la señora Belany estaba asombrada. John y Clara observaron cómo la señora Belany terminaba de limpiar a la pequeña. Se sentían felices y afortunados por tener aquello que buscaban desde el día de su enlace.

Cuando la pequeña estuvo del todo limpia y enrollada en una toquilla, la comadrona notó cómo una extraña energía recorría su cuerpo. El fenómeno se repitió cuando sus padres la sostuvieron entre sus brazos, pero todos pensaron que era provocado por la emoción de tan alegre noticia para la aldea.

Esa noche, el matrimonio durmió en casa de sus vecinos debido a que ambos estaban muy cansados y no era recomendable que con el mal tiempo se trasladaran a casa. Poco después del amanecer, todos los habitantes de Lacerdin, incluso las gentes de otros condados, hablaban sobre el nacimiento de aquella niña de ojos verdes, cuyo nombre sería Anah, en recuerdo a la abuela de

la señora Tivoli. Anah sería la esperanza para combatir el maleficio que assolaba Lacerdin desde hacía tanto tiempo, aunque por el momento, nadie lo sabía.

Durante toda la mañana la casa de la señora Belany fue un ir y venir de gente llevando flores, regalos y preocupándose de la pequeña que había despertado tanto interés.

Todos querían verla, pero Clara, aún cansada y con pequeñas molestias a consecuencia del parto, decidió que tanto ella como su hija necesitaban descanso.

Las semanas siguientes, el señor y la señora Tivoli recibieron multitud de visitas; el nacimiento había llamado la atención de todas las familias del condado. La única persona de todo el pueblo que aún no conocía a Anah era Promton, antiguo maestro de la escuela.